

Cosas de la mili

A mí, espectador pasivo de cuanto en la actualidad sucede a los mozos que se incorporan al servicio militar obligatorio y aun al servicio voluntario, me vienen a la memoria sucesos que acaecían antaño, alguno la mar de pintoresco y curioso, con lo que se podrían llenar muchos folios y que, estoy seguro, causarían deleite a quienes los leyesen o escuchasen.

Casos curiosísimos, auténticas piezas esperpénticas y jocosas, producto, naturalmente, de aquellos tiempos, hoy casi inconcebibles, quizás por su misma simplicidad, aunque la esencia de las novatadas se mantenga con pocas diferencias en lo sustancial.

Pero no pretendo hacer un panegírico de aquellas rocambolescas actuaciones y desafueros entre los “quintos pelusos” y los “padres veteranos”, entonces no había “cutres” ni se “molaba” como ahora, que rara vez llegaban a sobrepasar ciertos límites tolerables en aquellos tiempos. Los márgenes para la novatada al estilo eran grandes, pero ciertas permisividades de ahora eran francamente inconcebibles. La vida en los cuarteles imponía una disciplina férrea que se cumplía, vigilada por militares veteranos de guerra. En los cuarteles vivía y progresaba, como buenamente podían, una reata de militares chusqueros que solamente sabían de eso, la disciplina vivida o impuesta, de lo contrario se derrumbaban los valores patrios, se derrumbaría el propio individuo, sin la disciplina sobrevendría el caos.

Dos casos

Tengo gratísimos recuerdos de la mili, de la mili que yo viví, con alegría, resignadamente soportada en los años 1952 y 1953, y de esa mili, de mi mili, voy a contar dos casos en los que me vi implicado, protagonista del uno, del otro tan solo por mi condición de ocupar cierto cargo de responsabilidad en el cuartel.

Naturalmente, en casi año y medio de mili, se viven muchos casos curiosos; pero estos dos que relataré son lo que han permanecido siempre frescos en mi memoria. El uno puro despiste por novato, producto del cambio de vida, novatada curiosa de las que no hacen daño y de la que cuando la recuerdas te ríes. El otro caso, por desgracia, un tristísimo suceso que indirectamente y parcialmente presencié, que tuvo lugar en mi cuartel, que jamás debió darse, que cayó sobre los militares, mandos y tropa, como una auténtica losa, que

todos, durante muchísimo tiempo llevamos sobre nuestras espaldas y que aún recordamos con pena.

En el Borreguero

Salimos de Teruel en un tren Borreguero, de transportar ganado, para finales del invierno o principios de primavera del año 1.952, hacinados en los vagones, con paja en el piso, en una noche fría, con los cuerpos bien nutridos de vino y otras cosas, para llegar a Zaragoza de mañana, el vagón a medio destrozarse, a la estación de Caminreal-Delicias, en plena huerta entonces.

El trayecto con la maleta de madera al hombro, hasta el cuartel de Hernán Cortés, donde estaba nuestro batallón número 13, del Regimiento Cazadores de Montaña número 5, de la 51 División de Infantería. Había allí también un batallón de la brigada Belchite.

Al llegar a la puerta del cuartel y leer TODO POR LA PATRIA, a la vez que los “padres veteranos” de las oficinas generales, -los chicos bien de la mili entonces- asomados a las ventanas nos lanzaban los más curiosos y variopintos piropos, con alaridos de alegría, el alma se nos vino al suelo, las piernas nos flaquearon. A una voz impetuosa y dura del oficial que nos acompañaba, en formación desorganizada, pasamos asustados el cuerpo de guardia, ante los veteranos que sacaban el pecho y entramos al amplísimo patio de instrucción y paseo, donde fuimos recibidos entre toques de corneta y una enorme masa de soldados vocingleros asomados a las ventanas, que imitaban a las ovejas con su impresionante orquesta de balidos de todas clases y tonalidades.

Transcurridos unos minutos, que nos parecieron días, sentados sobre nuestras raídas maletas de tablas y sujetándolas bien, ante el sospechoso merodear de los veteranos a nuestro alrededor, nos llevaron por fin a las compañías, a mí a la 2.^a Compañía, juntamente con los veteranos y momentos después nos adjudicaron cama, ropa, taquilla y algo más que nos hicieron. Y después, llegada la hora, pasamos al enorme comedor, para iniciarnos en el arte de comer a toque de corneta, entre unos veteranos que si te descuidabas un poco y podían eludir la vigilancia del sargento, se quedaban con la mejor ración, te echaban la comida del segundo plato encima de los restos del primero y un largo etcétera de pequeñas granujadas.

Una vez comido, volvimos a la compañía a completar nuestro acomodo y poner orden en nuestro territorio, recoger la ropa de paisano y meterla en la maleta para sacarla del cuartel cuanto antes,

-entonces no se podía tener ropa de paisano en el cuartel-, nos “disfrazamos” por primera vez de militares, para salir de paseo.

Y aquí llega el caso jocosos, la primera novatada que me ocurría, que tanto me ha hecho reír cuando la recuerdo.

Al amigo Servando Sancho (o Sánchez, o Soriano, no lo recuerdo) del pueblo de Saldón, que compartíamos compañía, junto con otros de la sierra de Albarracín, se le ocurrió ponerse a jugar y me lanzó un cabezal de su cama, que yo le devolví con tan mala suerte que nos vio el sargento de semana, chusquero de no muy buen genio, veterano de la guerra y reenganchado.

- Así que jugando, y en el primer día de mili, maltratando la ropa que os da el Ejército. Pues esta tarde, en horas de paseo vais a arreglar la compañía.

- Cabo, ocúpese de buscarles pozales y bayetas a estos dos reclutas y revise que dejan el suelo como para verse la cara en él, y así aprenderán a comportarse y cuidar lo que el Ejército les da.

Aquello era muy grave

Yo sentí que se derrumbaba el techo sobre mi cabeza. Nos quedamos mirándonos como bobos sin poder hablar, con cara de susto y vergüenza, como si acabáramos de cometer un grave delito y aturcidos al oír las risas de los veteranos por aquella falta cometida que no acertábamos a clasificar. Aquello era muy grave, nos decían, y seguramente después el sargento mandará pelarnos al cero; y menos mal, decían los veteranos, que no habéis jurado bandera, porque el caso podría ser castigado incluso con el calabozo o penas mayores. En fin, un desastre, yo no podía creerlo.

El caso es que, llegada la hora de paseo, provistos de sendos cubos de agua y bayetas, de rodillas en el suelo, vigilados por el cuartelero, comenzamos a fregar a buen ritmo, por ver si podíamos terminar pronto y salir de paseo. Pero aquello era muy grande y no se terminaba, y en un momento determinado, el cabo simuló que se enganchaba en un pozal y derramó el agua, que tuvimos que recoger con las bayetas.

Y así seguimos toda la tarde, hasta que momentos antes de terminar la hora de paseo, el sargento se acercó y nos dijo paternalmente: Dejar ya de fregar y que os sirva de escarmiento. Olvidaros de vuestra casa, estáis en la mili y dar gracias que me habéis cogido en buen momento. Ir a la cantina a merendar y enseguida os quiero ver aquí.

El amigo Servando y yo recogimos los trastos sin apenas hablar. Bajamos a la cantina, donde juntos con otros paisanos intentamos matar un poco las penas con un buen porrón de vino con gaseosa.

Aún tuvimos después y durante mucho tiempo, alguna disputa sobre quién de los dos comenzó aquel juego que nos costó nuestra primera novatada o “quintada”, que no sería la última, por supuesto, pero que es la que yo más he recordado.

Y es que, a los 21 años de edad, en una época tan dura, donde se imponían a la fuerza conductas tan poco permisivas, las enormes ganas de vivir y el espíritu de superación y hasta la propia supervivencia, no le abandonaban a uno. Era la única forma de salir adelante.

Hasta aquí se publicó en el Diario de Teruel, el día 29 de abril de 1.994

Nota del autor: Este artículo estaba enviado para ser publicado en dos entregas, siendo la anterior la primera de ellas, y la segunda, enviada el 12 de abril de 1.994, no se llegó a publicar, ya que recibí una carta de D. Carlos Hernández Salvador, Director del Diario de Teruel en aquella época, fechada el 30 de abril de 1.994, que decía lo siguiente:

Estimado amigo:

La segunda parte de tu artículo sobre la mili, no la había leído, pensando que seguiría una línea parecida al primero.

Búscale la continuación si lo crees oportuno, pero el tema es demasiado “trágico” para estos momentos.

Saludos,

El mencionado artículo continuaba así:

El segundo caso que prometí contar constituye un hecho mucho más doloroso y desdichado. Se trata de un hecho verídico, quizás nunca contado con tan abundantes detalles y datos. Los cuatro protagonistas finales fuimos: Un oficial del Batallón 13, yo, telefonista de dicho Batallón, el telefonista de Capitanía General y el Capitán General de la entonces 5ª Región Militar.

Es difícil sustraerse a la tentación de entrar en juicios de valor, pero lo intentaré. De lo que no hay duda es de que cuento el hecho para que se sepa hasta qué punto de frialdad y rigidez pueden llegar las disciplinas militares, sobre todo cuando son aplicadas en

determinados momentos y circunstancias por las que pasan los pueblos y en las que, quiérase o no, se aplican códigos en vigencia pero con extremada indiferencia. También porque creo que se trató de un caso sumamente raro y que por lo avanzado de los tiempos postbélicos de España, es posible que fuese ya el último de esta o similar naturaleza que se aplicó. Y ojalá que así sucediese.

Yo fui telefonista en el Batallón, Cuartel de Hernán Cortés, de Zaragoza. Por lo tanto estuve toda la mili en las dependencias oficiales de la guardia del cuartel, junto a la Sala de Banderas, recintos que conocía y frecuentaba a diario en razón del cargo, así como a muchos oficiales, tanto de Academia como de complemento. Estos últimos, como estudiantes o recién licenciados en distintas disciplinas universitarias no castrenses, eran en su comportamiento excelentes personas, con excepción de los auténticos chuletas, que los había.

Desde nuestra llegada al cuartel, después del campamento, nos llamó la atención un soldado que estaba en el calabozo del cuartel, del reemplazo anterior, que a diario sacaban de paseo por el patio dos soldados de la guardia de la Principal. Luego supimos que se trataba de un soldado que había sustraído una pistola e intentado robar en el mismo cuartel, hiriendo al centinela del patio cuando le dio el alto.

Pero los hechos hacía tiempo que habían ocurrido y por lo visto se encontraba pendiente de juicio, antes de llevarlo a prisiones militares.

Luego, un buen día, aprovechando el paseo del patio, intentó fugarse ocultándose tras una galera y salió a la calle Hernán Cortés, saliendo tras él el oficial de guardia y varios soldados, que lograron reducirlo y volverlo al cuartel a punta de pistola.

Y este es el momento en que comienza mi protagonismo, saliendo de la centralita, viendo como el oficial, desencajado, metía al soldado al calabozo. De vuelta a mi sitio de trabajo, el oficial me ordenó localizar al capitán de cuartel, y al comandante del batallón para darles la novedad.

Antes de continuar quiero hacer constar, que no se trata de una historia inventada o de acciones copiadas. La cosa es mucho más seria y sobre todo auténtica, que vivimos todos los soldados que en esas fechas estábamos en el cuartel de Hernán Cortés, Batallón 13, del Regimiento Cazadores de Montaña número 5, de la División 51, estando al mando de la 5ª Región Militar, el Teniente General Don Alvaro Sueiro Vilariño.

No habían transcurrido muchas fechas de este intento de fuga del soldado, cuando un día de buena mañana, entre constantes toques

de corneta, guardia permanente formada en la Principal, comenzaron a llegar altos oficiales del cuerpo jurídico militar, para el consejo de guerra, que se celebró en la academia de enseñanza del mismo cuartel, ante la expectación y la congoja reprimida de los soldados. Un consejo de guerra en los años 1.952-1.953 imponía auténtico pavor y zozobra imposibles de reprimir.

Transcurrieron muy pocos días tras el consejo de guerra. En la orden del día del cuartel, leída una noche como todas y en todas las compañías, se decía lo siguiente:

Día (?) del mes (?) del año (1952 ó 1953), a las (?) de la mañana, deberá estar formada toda la tropa en el patio del cuartel, en traje de paseo y con sus armas reglamentarias, para una misión especial, debiendo permanecer en el cuartel el personal de guardia y el indispensable para realizar los servicios.

Esta orden cayó como una bomba entre los soldados y mandos, y un murmullo apenas perceptible corrió de boca en boca, que heló nuestras venas. “Mañana fusilan al soldado del calabozo”.

Día (?) del mes de (?) de (1.952 ó 1.953). Amanecer de un día triste para el Batallón 13 de Hernán Cortés. El Batallón completo formado en el patio del cuartel, a toque de corneta se da la orden de salir en rígida formación, dirección cementerio de Torrero, ante cuyas tapias fue fusilado el soldado, por compañeros designados de su misma compañía, siendo un teniente el designado igualmente por mandato quien le dio el tiro de gracia. Dicen que al soldado le invitaron a volverse de espaldas y él se negó.

El regreso del Batallón se hizo con el mismo ceremonial y una vez en el patio del cuartel y también a toque de corneta, se rompieron filas dentro de un impresionante silencio.

En mi puesto de la centralita, auricular al oído, en situación tensa y nerviosa, oí los gritos del oficial mandado a la guardia y el traslado de la bandera al Cuarto de Banderas. Seguidamente el oficial me dio la orden:

- Telefonista, ponme con Capitanía General. Llamé a Capitanía y le dije al telefonista, “te va a hablar el oficial de guardia del Batallón 13”, y seguidamente al oficial.
- “Mi teniente, tiene al habla Capitanía General” y escuché por si era preciso.
- Capitanía, ponme con su Excelencia el Capitán General, de parte del Oficial de guardia del Batallón 13. Le pongo, contestó el telefonista de Capitanía.

Contestó el Capitán General, dígame.

– A la orden de Vucencia, le habla el oficial de guardia del Batallón 13. Mi Teniente General, “la sentencia ha sido cumplida”, “manda algo más”. No, le respondieron, gracias.

– A la orden de Vucencia, mi teniente General.

Yo oí el taconazo del oficial de guardia, que mientras hablaba con el Capitán General permanecía en posición firmes.

Aquel joven oficial estaba abatido, con ojos rojos, a punto de llorar, reprimiendo el dolor, en esa especie de culpabilidad que se siente al hacer cosas en contra de la propia conciencia. Yo, en mi lugar de trabajo, en mi centralita, de ordinario tan alegre y desenvuelta, donde tantas conferencias y amenas conversaciones teníamos, por varios días estuve apenado, sin poderme quitar de la memoria aquella fatídica frase de, “la sentencia ha sido cumplida”.

Quiero significar que este relato obedece a hechos estrictamente ciertos. No hay nada inventado, ni en mi ánimo está emitir juicios, ni sobre el caso propiamente dicho, los motivos que dieron lugar a este tristísimo desenlace, así como que tenga algo en contra del estamento militar, que, estoy seguro, cumplió entonces y siempre con deberes propios y de acuerdo con el código militar vigente en cada momento.

Pero me da la impresión de que aquel soldado no debió pagar tan alta pena. Que quizás en la actualidad, delitos semejantes tendrían un tratamiento distinto. Porque nada justifica arrebatar la vida a un hombre fríamente.

Tan solo en momentos de ofuscación, de enajenación mental o de locura idealista, encuentran justificación estos desenlaces y se arrebata la vida, que de algún modo pesará siempre sobre las mentes que los gestan y los realizan.

No vamos por mal camino. Aunque despacio la humanidad avanza. Que nadie tenga que llorar, que nadie tenga que guardar rencor por hechos semejantes. Todas las vidas son iguales.